

**Entre Europa y América, entre el libro y su objeto:  
las mujeres en el programa naturalista de Luis B. Tamini**

**Resumen:** El extenso artículo publicado en mayo de 1880 en *La Nación* por Luis B. Tamini, significó –junto con otras intervenciones, como las de Benigno B. Lugones– el inicio, en Argentina, de la llamada polémica sobre el naturalismo. Se trata de un ensayo muy citado como documento que inaugura la discusión, pero que no siempre ha obtenido un análisis detenido. Incluso se ha ignorado repetidamente la identidad de su autor. No fue el médico italiano nacido en 1914 con el que habitualmente se lo confunde (su padre), sino un joven argentino, como jóvenes eran entonces los otros defensores del naturalismo (Lugones, Antonio Argerich). A partir de la reconstrucción de ciertos datos de la biografía que se revelan útiles para abordar el texto, analizamos las principales operaciones críticas que lo estructuran: entre ellas, las representaciones de la mujer ocupan un lugar central. Tamini, defensor del naturalismo, tiene sus reparos con la novela de Zolá en torno a la cual, hacia 1880, se organizaba el debate, *Naná*. Las mujeres, con todo, aparecen en el ensayo no solo como tema (de una novela), sino también articulando la propia concepción que Tamini tiene acerca de qué es el naturalismo e, incluso, acerca de cuáles son, o deberían ser, las relaciones posibles entre las literaturas europea y argentina.

\*\*\*

La principal polémica literaria que atravesó la década de 1880 giró en torno al naturalismo. Resuenan en ella debates de otra clase, como el entablado a propósito de la laicización estatal promovida por el gobierno roquista o la reconfiguración de la identidad nacional a partir de la inmigración, como apunta Alejandra Laera (2004: 156, nota 3). Se trata de un episodio de la historia literaria sobre el que se ha escrito mucho, pero sobre el que puede seguir haciéndose, ya sea porque es posible indagar nuevos materiales, ya sea porque, como en este caso, existe la posibilidad de proponer una relectura que intente desplazar el eje de aproximación.

Nos interesa aquí abordar un texto fundacional de la polémica, el largo artículo sobre “El naturalismo” que Luis B. Tamini publicó en *La Nación* en mayo de 1880 (días 9, 12, 13 y 14). El ensayo ha sido considerado muchas veces como un documento, esto es, como una evidencia de que, para tal fecha, podía encontrarse, en Argentina, un defensor del naturalismo, y que, por tanto, ya hacia ese momento puede datarse el inicio de la polémica. Suelen también recordarse algunas opiniones del autor, como aquella sobre el “El matadero”, que hace de Echeverría un “precursor” del realismo.

Ahora bien, si volvemos a leer con detenimiento este ensayo, entre los abordajes posibles se encuentra uno como el que proponemos, que atienda al lugar que en él ocupan las mujeres –a su representación, a sus usos discursivos–. No es nuestra intención, desde ya, forzar el texto, empeñarnos en buscar mujeres donde no las hay; por el contrario, veremos que la cuestión se vincula con una de las claves de la articulación textual.

Antes, sin embargo, debemos tomarnos un minuto para dar cuenta de ciertos datos básicos, biográficos incluso, puesto que los análisis hechos hasta el momento no suelen demorarse en la identidad de la persona que en ocasiones solo en relación con este texto se menciona. Luis B. Tamini no era, como casi siempre se asume, médico. En rigor, se lo confunde con su padre, el sí médico, italiano, nacido en 1914 del que existe un fondo en el Archivo General de la Nación. Sobre el Tamini que nos interesa, el defensor del naturalismo, por el contrario, hay pocos datos. En otro lugar ensayamos una síntesis con los que hemos podido recoger en la prensa, sobre todo en *La Ilustración Argentina* y en *La Quincena*. Tal reconstrucción no es sencilla, porque, por caso, Tamini, coqueto, ironiza sobre su edad, y es necesario un trabajo minucioso para poder sostener, con buena probabilidad de certeza, que nació en 1852. También entretienen los datos de color, la “estatura patagónica” de Tamini, de “seis pies y dos pulgadas”, o su carácter de “inveterado ciclista”. Pero aquí tenemos que limitarnos a aquellos datos que definen en alguna medida la interpretación que es posible hacer de su artículo de 1880. Y, en tal sentido, vale subrayar que, cuando lo publicó, tenía 26 o 27 años, y que era, por lo tanto, un joven, como jóvenes eran por entonces los otros defensores del naturalismo –Benigno Lugones, Antonio Argerich–, y no un hombre mayor como ha insistido la bibliografía. Tampoco era médico, como convenía a un naturalista; sabemos que empezó y abandonó Derecho, que fue profesor de matemáticas antes de partir a Europa. A Europa iría y vendría, y más tarde, en Londres, sería, entre otras cosas, secretario de la Legación Argentina.

Pero enfoquémonos, ahora sí, en el artículo, y veamos cómo esos datos de la biografía aparecen inscriptos en el texto, en sus operaciones y estrategias. Tamini no pretende autorizar su opinión en la profesión de médico, porque no la tenía. Tampoco lo hace, como sí lo hacía otro introductor del naturalismo, Lugones, en su práctica de escritor (véase Galeano, en Lugones, 2011: 54). Es, en cambio, en su propia experiencia, estética y vital, en Europa, de donde extrae la legitimidad de su enunciación. La imagen que Tamini construye de sí mismo y con la que busca autorizar su palabra es, en efecto, la de alguien *que sabe porque ha estado* donde tuvo comienzo esta historia. Relata, para esto, su vida en Londres, la niebla que cubre la ciudad, como “un sudario flotante de harapos sucios”, la miseria del pueblo (9/5/1880). También cuenta que asistió, en París, a la exitosa representación de *L’Assommoir*, y que, concluido el drama, se lanzó por la ciudad, como observador, en busca de una suerte de experiencia naturalista:

Calenturiento, creyendo que yo también tenía parte en el espléndido triunfo, tan ardientes habían sido las simpatías con que acompañé al juego de los actores, busqué aire fresco, proximidad, roce con el pueblo cuyo advenimiento acababa de aplaudir (14/5/1880).

Esta forma de legitimarse queda explicitada cuando Tamini insta a los detractores del naturalismo a que discutan un “programa” como el que él está escribiendo, y agrega que, si no han leído la obra de Zola, si no la estudian, si se dejan marear por juicios foráneos, o si no han “asistido [como él] en su mismo teatro a una parte de la lucha”, no podrían comprenderla (14/5/1880).

Se trata de un programa –el del naturalismo tamizado por Tamini– que adjudica al “movimiento científico” un carácter central (12/5/1880), que acepta como una fatalidad las leyes de la herencia, y que alienta –en un pasaje muy citado– a no cobrarle horror al libro sino al objeto, puesto que, retratando el vicio, es como “moraliza el naturalismo”, como “educa Zola” (9/5/1880). Señala Tamini que el naturalismo “lo comprende todo: alta sociedad, clase media, pueblo bajo” (9/5/1880), pero enfatiza que “este sistema” es una “revolución de plebeyos” (13/5/1880). Sin embargo, no deja de atemperar las “preocupaciones de clase” que aún señalaba como subsistentes, y entonces escribe que nada había que temer, que el naturalismo “No es, ni puede ser más que una doctrina literaria”: “No echará combustible a la hoguera”, promete (14/5/1880).

El problema de la imitación recorre todo el ensayo y se vincula con otros ejes que también atraviesan el texto de manera sustancial, entre los que se encuentra la representación de la mujer. En rigor, Tamini se refiere a dos tipos de imitaciones: la que tiene lugar entre naciones y la que se produce entre literatura y realidad. Existe, en primer lugar, una denuncia por la forma en que los argentinos copian servilmente a la capital francesa y, por tanto, la reivindicación de una deseable independencia. Y existe también, en segundo lugar, una denuncia por la forma en que el romanticismo falsea la realidad, y, por contraste, una reivindicación del programa naturalista basado en la verdad. Sin embargo, ninguno de esos posicionamientos es estable en el ensayo de Tamini; antes bien, dan lugar a juicios que muestran la complejidad de las operaciones que el crítico lleva adelante.

En la siguiente cita, clave en la armazón argumentativa del texto, ya se pone en evidencia una particular torsión conceptual referida al primer sentido de imitación:

No solo París nos viste, calza, afeitada, corta el pelo, ata la corbata y con una varita en la mano nos enseña a marchar majestuosamente, sino que no salimos de su regazo y damos vagidos y balbuceamos cuando aquel tirano doméstico nos ordena que pensemos. El esclavo no es más obediente al ceño de su señor, que nosotros sumisos con los que en aquella capital dirigen el pensamiento moderno; así que pronunciada la derrota en las filas de los románticos, hoy firmes y erizadas de picas contra ese pigmeo Emilio Zola, seremos naturalistas y trataremos a los dispersos cual procedimos con los clásicos cuando el caudillo Echeverría nos llevó a la revolución romántica (12/5/1880).

En un párrafo que comienza denunciado acremente el modo en que tanto el pensamiento como el cuerpo de los argentinos dependen de París, no se espera un cierre como el que efectivamente tiene, según el cual esa dependencia censurable devendría en una consecuencia afortunada, como sería la importación del naturalismo.

En la argumentación de Tamini el naturalismo aparece como un progreso que, si tiene la imitación en su origen, promete de alguna manera un desarrollo propio. Como sostiene que aconteció con Echeverría, a quien considera, además del introductor del romanticismo, el “precursor” del realismo (12/5/1880), por textos como *Apología del matambre* y *El matadero*, pero también por ciertos versos de *El ángel caído* (a los que habremos de volver); y como sostiene que no aconteció con José Mármol, de quien

menciona aquella María que el poeta cantó sin nunca conocer, una María a la que Tamini se refiere como parte de aquel ideal del romanticismo formado por “fantasmas y seres metafísicos, entes de razón y espíritus puros” (9/5/1880).

No obstante, hay un pasaje en que también el naturalismo se ve ensombrecido por el carácter negativo de la importación. Se refiere –ni más ni menos– al éxito de *Nana*: “Esta boga de un libro en Buenos Aires, insólita, que ni *Los consuelos* de Echeverría conocieron, responde también al magnetismo que ejerce París sobre nosotros, a ese lastimoso afrancesamiento que nos sorprende indefensos [...]” (13/5/1880). Se trata de un pasaje que puede generar un cierto desconcierto, porque ese “lastimoso afrancesamiento” alcanza a la novela que en ese momento está en el centro de la polémica.

Tanto más llama la atención en la medida en que, en el párrafo anterior, Tamini había introducido algunos reparos a la novela de Zola. Por cierto, nunca deja de valorarla y defenderla como un retrato fiel de cierta zona de la realidad, pero en ese momento del artículo escribe que, en lugar de *Nana*, debería haber sido *L’Assommoir* la obra que recibiera todas las ovaciones. *Nana*, de hecho, le parece “el más inferior de los romances de Zola”. Al respecto, afirma que “en más de una de sus páginas se ve que la implacable pluma del maestro desfallece”, y que ese desfallecimiento en el estilo del autor probablemente se deba –gusta de arriesgar– a momentos en que el propio escritor “acudía a un frasco de sales, descompuesto por la terrible prueba, esa *Nana* que a todo trance debía historiar”.

Por lo demás, la novela *Nana* está en sintonía con las ideas sobre las mujeres que tiene Tamini, a quienes sitúa en los extremos, o buena y mansa, o “fiera y perversa”<sup>1</sup>. Predominan en el texto las imágenes que, si no lo alcanzan, van en este último sentido. Escribe, por ejemplo, que “aquella nación en la cual la mujer toma más intervención y tiene más imperio, Francia, está hoy anarquizada, enervada y en derrota. / No hay que negar sus grandes y nobles instintos; pero su influencia más allá del hogar es mala.” (12/5/1880).

Es tan central la cuestión de la mujer en el ensayo de Tamini que, de Echeverría, por caso, para mostrar su carácter realista, no cita ni *Apología del matambre* ni *El matadero*; sí en cambio recupera estos versos de *El ángel caído*:

---

1 “Para el hombre se hizo el justo medio; para ella los extremos. O bien es la humillación de aquel por su bondad y mansedumbre, o mil veces más fiera y perversa que él [...]”.

[...] Yo a la mujer  
no divinizo ni doy  
extraordinario poder,  
pues, romántico no soy  
ni tampoco quiero ser.

Por eso la considero  
Tal cual es, frívola y vana  
De carácter novelero,  
Y oyendo la voz primero  
de su inclinación liviana.

Por eso el oro sobre ella  
Tiene tanto poderío,  
Porque con oro una bella  
Sobre las otras descuella  
Por su lujo y atavío.  
(12/5/1880).

En definitiva, y si se nos permite una última cita de Tamini, atendamos al pasaje en que opone una deseable reacción frente a la importación de lecturas de moda, frente aquel “lastimoso afrancesamiento”:

El viajero argentino ha conocido la sociedad francesa a pie, a caballo o en carruaje, en los hoteles o en excursiones; más nunca penetró a esos sagrados recintos.

¿Y vale la pena de imitar a la burguesía, ridícula, tacaña, inflada de viento, saco repleto de cuanto hace insoportable la vida al hombre inteligente, cuando nuestra mujer, que es la que da todo su tono a nuestro *grand-monde*, por su tipo físico y gracia natural tan superior es a la francesa?

En Madrid la reacción comenzó por la peineta que las damas usaron para protestar contra la exaltación del rey Amadeo. Si hay en Buenos Aires una mujer bastante encumbrada que envidie los lauros del célebre autor de la escarapela bicolor, que descubra y enarbole cuanto antes el emblema de esa otra independencia que nos falta, ¡emanciparnos de la tiranía de París! (13/5/1880).

Para el defensor del naturalismo, la mujer –cuya influencia más allá del hogar señalaba como funesta– se vuelve ahora, bajo la imagen de un accesorio femenino como símbolo de resistencia, en una aliada para la emancipación literaria.

El problema de la imitación, decíamos, se plantea en el ensayo de Tamini en un segundo sentido, como un problema entre literatura y realidad. Tamini lo considera como un rasgo más que le permite establecer el contraste entre románticos y naturalistas: ambos “no pueden más que imitar: la diferencia que hago –dice– entre unos y otros es que estos consiguen acercarse más a la verdad”. Ahora bien, no solo la facultad para imitar divide posiciones estéticas, sino también nacionalidades. Serían los argentinos, “insignes lectores de versos, rebosantes de espuma y lirismo, [...] de los más impropios para la observación”. Como si la imitación de París por parte de los argentinos fuera causa –o consecuencia– de su incapacidad para imitar la realidad. Agrega aún el crítico sobre esta cuestión que “los niños, las mujeres y los hombres incultos son los mejores observadores, por ser los que menos tiempo perdieron con los libros y por consiguiente los que menos éter conservan en sus meollos” (13/5/1880). Y si propone a los hombres, con aire de paradoja, “el naturalismo encantador de los niños”, no menciona, ni siquiera con aire de tal, un eventual naturalismo de las mujeres.

En síntesis, se trata de un discurso, el de Tamini, que sitúa a la mujer alternativamente como carne o como aliada, siempre en función del hombre que ocupa –de forma explícita– el lugar del “justo medio”. Y que tensiona toda su argumentación, en la medida en que le hace establecer reparos incluso con *Nana*, a la que considera la novela menos valiosa del escritor francés. Por razones estilísticas, aclaraba, y no temáticas o morales, aunque algo de estos órdenes habría sido, según la explicación que arriesgaba, la habría llevado a producir esos desfallecimientos estilísticos. Tamini busca mantenerse fiel a aquella advertencia suya de no confundir el libro con su objeto, pero se diría que la problemática centralidad que ocupa la figura de la mujer en su argumentación amenaza con extenderse también sobre este punto.

## **Bibliografía**

Espósito, Fabio (2006), *La emergencia de la novela en la Argentina (1880-1890)*, tesis de doctorado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

- Espósito, Fabio *et al.* (editores) (2011), *El naturalismo en la prensa porteña: reseñas y polémicas sobre la formación de la novela nacional: 1880-1892 (e-book)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- Gnutzmann, Rita (1998), *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*, Amsterdam-Atlanta, Radopi.
- Laera, Alejandra (2004), *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE.
- Lugones, Benigno B. (16 de noviembre de 1879), “Carta literaria”, *La Nación*.
- (2011), *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*, edición crítica y estudio preliminar de Diego Galeano, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- “Luis B. Tamini (con su retrato)”, *La Ilustración Argentina*, tomo 1, año 1, nº 17, 20 de noviembre de 1881, pp. 196-198.
- “Nuestros colaboradores. L. B. Tamini”, *La Quincena*, tomo 5, nº 1 y 2, marzo de 1897, p. 32.
- “Saludos de año nuevo”, *La Ilustración Argentina*, año 5, nº 1, 10 de enero de 1885, p. 6.
- Tamini, Luis B. (9, 12, 13, 14 de mayo 1880), “El naturalismo”, *La Nación*.
- “Notabilia (*párrafos de una carta*)”, *La Quincena*, año 1, nº 15-16, primera y segunda quincena de marzo de 1894, pp. 315-317.